

<https://doi.org/10.56451/10334/9005>

LIBIA ARENAL

[dirección]

RELACIONES INTERNACIONALES Y GEOPOLÍTICA EN TIEMPOS DE POLICRISIS

Relaciones internacionales y geopolítica en tiempos de policrisis. Libia Arenal (Dir.).

Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2024. ISBN 978-84-7993-419-4 (edición PDF web)

Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/8837> Licencia de uso: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

EDITA:

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA (2024)

Monasterio de Santa María de las Cuevas
Américo Vespucio, 2. Isla de la Cartuja
41092 Sevilla

publicaciones@unia.es
<https://www.unia.es>

© De la dirección: Libia Arenal
© APY-Solidaridad en Acción
© De los textos, autores/as que se indican
Cubierta y maquetación: Jorge Torvisco

Fecha de la edición: 2024

ISBN: 978-84-7993-419-4 (edición PDF web)

ISBN: 978-84-7993-412-5 (edición papel)

DEPÓSITO LEGAL: SE 974-2024



Consejería de la Presidencia,
Interior, Diálogo Social y
Simplificación Administrativa

Agencia Andaluza de
Cooperación Internacional
para el Desarrollo

El Máster de Formación Permanente en Estudios Contemporáneos sobre Geopolítica Conflictos Armados y Cooperación ha sido financiado por la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo en el marco del proyecto "Formación en Estudios contemporáneos sobre retos y amenazas del nuevo orden mundial como herramienta para la construcción de una ciudadanía global en Andalucía" (0F005/2021).

TEMA 3. MONOGRÁFICOS

Monográfico I. Estados Unidos de América: cambios y continuidades de su política exterior. Breve análisis histórico y reflexiones sobre los gobiernos de Trump y Biden	87
Silvina Romano	
Monográfico II. La Rusia de Putin y la construcción del discurso imperial	137
Miguel Vázquez Liñán	
Monográfico III. La política común de defensa y de seguridad de la Unión Europea y su autonomía estratégica	163
Libia Arenal Lora	
Monográfico IV. La política exterior china	181
Libia Arenal Lora	
Monográfico V. Mundo Árabe.	205
Libia Arenal Lora	

MONOGRÁFICO V.

MUNDO ÁRABE

Libia Arenal Lora

FUNDACIÓN PARA LA COOPERACIÓN APY-SOLIDARIDAD EN ACCIÓN /
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

1. Caracterización básica del mundo árabe-musulmán. Aclarando conceptos básicos . . .	207
2. Cronología geopolítica en el mundo árabe.	211
2.1. La importancia geopolítica de la región. De la I Guerra Mundial a la descolonización	211
2.2. De la descolonización a los acontecimientos trascendentes del 2011	213
2.3. La complejidad y conflictividad de la región desde 2001 hasta 2011	217
2.4. De las primaveras árabes al 2023	218
3. Los principales conflictos en la región: Siria, Israel-Palestina y el Sahara Occidental . .	220
3.1. El conflicto israelí-árabe-palestina.	220
3.2. El conflicto en el Sahara Occidental	224
Referencias bibliográficas	227

<https://doi.org/10.56451/10334/9005>

1. Caracterización básica del mundo árabe-musulmán. Aclarando conceptos básicos

El mundo árabe, tal y como se entiende desde la disciplina de las relaciones internacionales, está conformado por tres grandes zonas geográficas: el Magreb, Oriente Próximo y Oriente Medio.

El Magreb, formado por Marruecos, Argelia, Libia, Sudán y el Sahara Occidental, es un espacio geográfico y sociocultural diferenciado. Tiene un gran desierto que es el Sahara, el desierto cálido más grande del mundo y que se extiende desde el mar Rojo, incluyendo partes de la costa del Mediterráneo, hasta el océano Atlántico, delimitado hacia el sur por el Sahel. Esta circunstancia es importante para entender la distribución de la población, concentrada en las zonas costeras, las vegas de los ríos y las montañas más fértiles.

Oriente Próximo, integrado por Egipto, Israel, Territorios Ocupados de Palestina, Líbano, Jordania, y Siria, es la cuna de las tres religiones monoteístas y de civilizaciones tan importantes como la de Egipto y Mesopotamia. Tiene una localización privilegiada pues conecta 3 continentes y están cerca de importantes enclaves para la geopolítica internacional como son el Bósforo (Turquía) y el canal de Suez (Egipto). Algunas aproximaciones a una configuración más amplia

de Oriente Próximo incorporan a los países de la Península Arábiga, Irán e Irak a esta región, mientras que otras las hacen parte del denominado Oriente Medio.

Con el propósito de realizar una caracterización general de la región, resulta necesario realizar dos reflexiones preliminares para entenderla.

La primera plantea que no se puede describir esta región ni su historia sin entender el papel fundamental que juega la región en la geopolítica global de los hidrocarburos y del gas. Los países con mayores reservas de hidrocarburos a nivel mundial se encuentran en esta región. En este sentido, hay varios países que son claves porque tienen enormes reservas de petróleo y gas (Arabia Saudí, Irak, Irán, Kuwait, Argelia) y otros porque son pasos privilegiados para su transporte (oleoductos) y controlan estrechos y canales para su transporte.

La segunda sugiere la necesidad de desmontar algunos de los mitos que se han asociado a la región: el primero de estos mitos, aunque parece una obviedad, es la distinción entre la etnia árabe y la religión musulmana; el segundo, la confrontación entre el islam suní moderado y el chií extremista; y, de la mano de los anteriores, el radicalismo de los proyectos políticos islamistas.

Respecto de los primeros de los mitos, por un lado, cabe señalar que aunque la etnia árabe es la mayoritaria en la región (400 millones de personas) existen en ella importantes minorías: los persas en Irán (50 millones); los kurdos (35 millones que con las fronteras de la descolonización quedaron dispersos en 4 países –Irak, Turquía, Irán y Siria); los bereberes y tamazight (población muy extendida en Argelia y Marruecos); los turcos (no son árabes); y, por último, un Estado de mayoría judía en Israel. Por otro lado, no existe en la región una equivalencia árabe-musulmana.

El islam¹ es, sin lugar a duda, la religión más importante o mayoritaria de la región, pero no es la única. De hecho, el cristianismo y el judaísmo tienen presencia en las diferentes subregiones y encontramos presencia de árabes-cristianos en Egipto o Siria, turcos-ortodoxos en Turquía o kurdos-cristianos y judíos (más de la mitad de la población árabe de la región no es musulmana, ni vive en la región, haciéndose más presente en el continente asiático).

Acerca del segundo de los mitos, hay que aclarar que el Islam se divide en dos grandes tradiciones después de la muerte del profeta Mahoma: los suníes, que son

1. Religión monoteísta que nace en lo que será Arabia Saudí y que en pocos siglos se extiende en un imperio que abarca desde Gibraltar a la India. Se rige por el Corán y sus ciudades santas son La Meca, Medina y Jerusalén.

mayoría entre los musulmanes –se estima que entre el 85% y 90% pertenecen a esta corriente– y fuerte arraigo en Arabia Saudí, Egipto y Turquía y representan la rama más tradicional y ortodoxa del Islam, considerados más moderados y más cercanos a Occidente –como es el caso de Arabia Saudí–; los chiíes, una escisión del primer Islam, reclaman el derecho de sus descendientes a liderar a los musulmanes, son mayoritarios en Irán, Irak, Líbano y minoritarios en países como Yemen y Arabia Saudí, y calificados como más radicales. Ahora bien, esta distinción de moderados suníes frente a radicales chiíes, nace del cambio en materia de política exterior de Irán después de la revolución de 1979, a partir de la que se instauró la república islámica que rompe con la sumisión de Irán a Occidente, valedora de los intereses y prioridades de EE. UU., y que cambia el *statu quo* en la región.

En cuanto al tercero de los mitos, fraguado en el marco de la guerra contra el terrorismo después de los atentados de 11 de septiembre, y consiste en hacer aparecer al islamismo como enemigo de Occidente o de la democracia. El islamismo es un proyecto político que tienen múltiples formas, actores (los hermanos musulmanes, el partido justicia y desarrollo de Turquía y el que recibe el mismo nombre de Marruecos) discursos, enfoques y no tienen en absoluto por qué oponerse al sistema democrático ni equiparse al yihadismo violento de Al Qaeda o del Estado Islámico.

Dicho lo anterior, es posible adentrarse en una caracterización muy general del mundo árabe señalando los siguientes aspectos:

La región, pero de manera muy particular, Oriente Próximo y Oriente Medio, se ha visto profundamente fragmentada históricamente, consecuencia del proceso de colonización, primero, por parte de las potencias europeas, y de la descolonización, después, en la que Occidente jugó un papel clave en el juego de querer preservar un *statu quo* que aseguraba su acceso al petróleo y al gas y el control de territorios y rutas para su distribución y transporte.

Los sistemas postcoloniales, contruidos a la medida del juego del control de las potencias occidentales sobre el petróleo y el gas y, por tanto, de la defensa de sus intereses geopolíticos y estratégicos internacionales, ha permitido, al mismo tiempo, un amplio margen de maniobra en los asuntos de carácter interno. Sin embargo, la subordinación a los intereses externos, el déficit democrático y los gobiernos fracasados, las enormes dificultades para emprender reformas políticas de calado, los problemas continuados de desarrollo en términos de avances en lo económico, social y político han llevado a una espiral de represión y de inestabilidad

que a veces han estallado violentamente. De hecho, la frustración ante la falta de avances –hay que entender que el mundo árabe tiene una población muy joven ya que casi el 50% son menores de 25 años– la falta de libertades para la mujer y su participación en la vida social o el papel de la religión en la vida pública, dio lugar al nacimiento de las primaveras árabes a partir del año 2011, pero también al impulso del islamismo radical.

La región cuenta con algunos de los principales países productores de petróleo y gas a escala mundial y controlan los espacios terrestres y marítimos para su exportación. Arabia Saudí es el primer productor de petróleo (10,81 millones de barriles diarios), al que le sigue Irak (4,16 millones de barriles diarios) y Emiratos Árabes Unidos (3,8 millones de barriles diarios), lo que en conjunto aporta más del 30% de la producción mundial de petróleo. Además, Oriente Medio acumula más del 25% de las reservas del recurso fósil a nivel mundial. Al mismo tiempo, dentro de la región, se encuentran algunos de los principales productores de gas como Irán o Argelia.

Ahora bien, la mayoría de los países se caracterizan por ser de monocultivo y rentista, es decir, basan su actividad económica en la explotación de uno o varios recursos (petróleo, gas, fosfatos, turismo, frutas y hortalizas) en un contexto de climatología adversa y que puede empeorar con el cambio climático, al avanzar en la desertificación, lo que supone un enorme reto para las poblaciones y las actividades económicas. La mayoría de estos países tiene una economía rentista en el sentido de que los Estados tienen una altísima dependencia de la renta que deja la exportación de estos recursos, lo que se traduce en algo tan peligroso como es la independencia del Estado respecto de la población lo que obedece más a una configuración de súbditos que de ciudadanos. El rentismo favorece la corrupción y la falta de transparencia porque no desarrolla sistemas fiscales que permitan a la población contribuir con sus impuestos a los gastos del Estado y participar en la redistribución de la riqueza. Este sistema funcionó hasta mediados de la década de los años 80, pero las rentas ya no alcanzaban para garantizar la paz social. Los problemas de la deuda, su alivio mediante los préstamos del Fondo Monetario Internacional (FMI) y las inversiones del Banco Mundial (BM), así como la liberalización de los precios hizo que muchos sectores de la población quedaran excluidos, no solo los marginados, sino también las clases medias, lo que fortaleció el islamismo político entre las clases medias urbanas que experimentaron diversos modelos para solucionar esta situación, para lo que las corrientes islamistas fueron percibidas como una alternativa.

A principios de S. XXI, la región contaba con el 25% de las reservas probadas de petróleo; continúa fragmentada y desigual, con una enorme injerencia de poderes exteriores, con graves problemas internos en materia de desarrollo, gobernabilidad y democracia y, por supuesto, con conflictos tan significativos como el de Israel y Palestina y el de la ocupación del Sahara Occidental que pueden modificar en cualquier momento el orden regional.

2. Cronología geopolítica en el mundo árabe

2.1. La importancia geopolítica de la región: del Imperio Otomano al fin de la I Guerra Mundial

En términos generales puede afirmarse que la geopolítica en el mundo árabe, más centrada en este módulo en Oriente Próximo y Oriente Medio, se guía por los intereses de los Estados y los enfrentamientos cruzados entre diferentes potencias.

Para comprender la geopolítica de la región, es necesario retroceder en la historia y profundizar en la comprensión de las consecuencias de hechos y circunstancias que han cambiado la arquitectura de esta región y la distribución del poder entre los nuevos Estados que surgen durante el S. XX.

Esta región tiene su cuna en el Imperio Otomano, que en su época de mayor esplendor se extendía desde Budapest hasta Oriente Medio y, por tanto, estuvo en el centro de las interacciones entre el Este y el Oeste durante seis siglos, hasta que tuvo lugar su desintegración al final de la I Guerra Mundial.

En el S.XIX comienza un importante declive del Imperio, la influencia de Europa y la era colonial de Francia y Reino Unido, considerados los grandes imperios de la época. El primero de los países que queda bajo el influjo colonial de Europa fue Argelia, en el año 1830, tras la toma de Argel por Francia. De hecho, Francia se concentra en el Magreb, mientras que el Reino Unido se concentra en la región oriental (Egipto, Palestina y la Península Arábiga), más cerca de sus posesiones en Asia.

En el marco del acuerdo Acuerdo Sykes-Picot (1916), Francia y Reino Unido acuerdan –con la aquiescencia de la Rusia todavía imperial– el reparto de Arabia y Oriente medio: Líbano y Siria para Francia, Jordania e Irak para Reino Unido. Esa división generó mucha frustración entre los árabes, a la que se sumó

la Declaración Balfour (1917), que complicó aún más la situación al apoyar el ministro británico de Relaciones Exteriores, Arthur Balfour, el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío, lo que sentó las bases de la creación del Estado de Israel, 30 años después, sembrando la semilla de un conflicto que sigue convulsionando la región.

Después de la I Guerra Mundial (1919), y con la desintegración del Imperio Otomano, una vez firmado el Tratado de paz de Sevrés (1919), firmado con los países aliados salvo Estados Unidos y la URSS, se estableció el mapa del mundo árabe actual: bajo el mandado francés quedarían Siria y Líbano –a lo que habría que sumar la colonia de Argelia y los protectorados de Marruecos y Túnez, si incorporamos el Magreb al estudio del mundo árabe–; Reino Unido administró los territorios de Irak, Transjordania y Palestina. Asimismo, se estableció la república de Turquía; los territorios del Imperio en la península de Arabia conformaron al moderno reino de Arabia Saudita, del que surgiría el Reino de Yemen; y, además los países occidentales del Golfo Pérsico, Al-Hasa y Qatif fueron anexados por Arabia Saudita y Kuwait, mientras que Baréin y Catar se quedaron como protectorados británicos, los que luego se convirtieron en las Monarquías del Golfo. Irán, entre 1919 y 1921 siguió siendo objeto de las ambiciones colonialistas de Gran Bretaña y de Rusia. En 1925, tras una serie de golpes de Estado, Reza Khan pone fin a la dinastía Qadjar anterior y es proclamado como Sha con el nombre de Reza Pahlevi, quien funda una nueva dinastía (Pahlevi) y realiza una serie de reformas tendentes a modernizar el país. Afganistán, es reconocido por Reino Unido como un Estado soberano e independiente en 1919.

La creación de estos Estados, bajo la forma de colonias, protectorados, mandatos, a principios del XX, fragmentó la región y dio lugar al nacimiento de naciones débiles, artificiales, dependientes de Francia y Reino Unido y de otros agentes externos, deseosos de garantizarse el acceso a las fuentes energéticas del petróleo y del gas, imprescindible para el funcionamiento de la sociedad moderna y con ello el mantenimiento del *statu quo* internacional.

La fragmentación de la región, separando territorios y dividiendo poblaciones –los kurdos quedaron divididos entre 4 Estados; los pastunes y baluchis entre Pakistán y Afganistán; Líbano desgajada de la Gran Siria; la creación del Emirato de Transjordania, que pasó a ser Jordania, básicamente es una país sin recursos, desértico, dependiente de apoyo occidental y que se convierte en un importante aliado occidental; Libia, controlado por Italia y Francia, y compuesta por regiones

con trayectorias y prioridades políticas distintas, obligadas a vivir juntas; Irak, en la que se reúne en un Estado 3 provincias otomanas; y así sucesivamente, hasta el mandado británico de Palestina-; la facilitación del liderazgo de gobiernos títeres, que permitieran garantizar el funcionamiento de este juego y que aceptaron el papel subordinado sobre los intereses geopolíticos y estratégicos internacionales, y que al mismo les dan margen de maniobra en otros asuntos de carácter interno; y, la elección de socios preferentes para mantener este esquema de relación estructurada por Occidente, determinó el desarrollo de la geopolítica regional a lo largo del S. XX. en la medida que influyeron decisivamente ya en el proceso de descolonización, sobre las fronteras de los nuevos Estados y su gobernabilidad.

2.2. De la II Guerra Mundial a los acontecimientos históricos trascendentes del 2001

Después de la II Guerra Mundial, la evolución de Oriente Medio ha estado muy influenciada por las potencias externas, particularmente las europeas, al menos hasta el año 1956, con la crisis del canal de Suez, y después, en el marco de la Guerra Fría por las dos grandes superpotencias, Estados Unidos y la URSS, cada una de las cuales intentaba hacerse con el control de una región dotada de tres complejos atributos: la geografía (en la conexión de tres continentes), la geología (con enormes reservas de petróleo y gas) y la geoteología (como cuna del monoteísmo y de civilizaciones).

Del proceso de descolonización surgen 22 Estados independientes, miembros de la Liga de los Estados Árabes (1945): Siria y Líbano obtuvieron su independencia en 1946, y también Transjordania que se convirtió en el reino de Jordania. En Palestina, al terminar el mandado británico, la resolución de la ONU sobre la creación de dos Estados (1947), da lugar al nacimiento del Estado de Israel (1948). Este hecho provoca de manera inmediata una guerra entre estos dos pueblos (1948-1949) que se insertó en el contexto de la Guerra Fría y continuó con las dos Guerras Árabes, la resistencia del pueblo palestino y un largo conflicto no resuelto hasta el día de hoy.

La competición entre las potencias externas polarizó los conflictos entre los nuevos Estados independientes. En la década de los años 50 surge como corriente contestaria a esta influencia viva de Occidente el panarabismo, la ideología hegemónica en los Estados árabes, que proponía que todos los pueblos árabes, sin

exclusión, tanto de Asia como de África, conformaran una única nación y que debían, por tanto, caminar hacia su unidad política. Esta no fue una ideología natural, sino que fue la elección de ciertos líderes políticos con mucha influencia en un momento político determinado. No se puede hablar del panarabismo sin hacer una especial mención a la figura de Nasser, presidente de Egipto desde 1954 hasta 1970, el principal líder político árabe de su época, e impulsor del panarabismo y del socialismo árabe, así como del movimiento de los no alineados².

La nacionalización del Canal de Suez por Nasser, en 1956, y la crisis que la sucedió, fueron determinantes para que Egipto buscara coordinar políticas exteriores en la Liga Árabe, reforzando su papel regional, y que la influencia de Francia y Reino Unido en la región retrocediera a favor de los Estados Unidos y la URSS.

Sin embargo, el establecimiento del panarabismo no fue pacífico en la región, lo que dio lugar a lo que se conoce como la “guerra fría árabe” entre el campo nacionalista árabe, liderado por un Egipto más progresista, socialista y pro-soviético, y las monarquías árabes, en torno a Arabia Saudí, muy cercanas a los Estados Unidos.

El fin del panarabismo, si bien queda apuntalado con la disolución de la República Árabe de Siria (1958), se produce definitivamente con la guerra de los Seis Días contra Israel (1967) en la que el ejército egipcio, coordinado con los de Siria y Jordania (que conformaban la «coalición árabe»), sufrió una estrepitosa derrota frente a Israel, lo que supuso el principio del declive del aura de Nasser y del nacionalismo árabe en general.

En este contexto, el Estado árabe comenzó a tener preeminencia sobre la ideología panárabe, en un marco de identidades nacionales, subnacionales y supranacionales muy poderosas en el que entra en juego una fuerte estrategia occidental de influencia sobre la región con el objeto de seguir manejando sus asuntos económicos y políticos por una razón poderosa: continuar garantizando el aprovisionamiento energético y el control de los territorios y las rutas para su distribución y transporte, para lo que el mantenimiento de un *statu quo* favorable para las grandes potencias es fundamental. La guerra de Yom Kipur (1973) librada entre una coalición de países árabes liderados por Egipto y Siria, y el Acuerdo de Paz separado entre Egipto e Israel (1979), que sacó a Egipto de Liga de Estados Árabes,

2. Una manifestación remarcable del panarabismo fue la creación de la República Árabe de Siria (1958) mediante la unión de Egipto y Siria, liderada por los partidos Baaz.

representa esta nueva orientación centrada en el Estado y la ruptura de la llamada solidaridad entre árabes.

Sin embargo, un acontecimiento que es de capital trascendencia para el desarrollo de las nuevas dinámicas internacionales en la región es la revolución iraní (1979). Irán había sido tradicionalmente un bastión de Occidente en la región y firme aliado de los Estados Unidos en contra de la expansión de la URSS. La revolución iraní se refiere al proceso de movilizaciones y de resistencia civil que desembocaron en el derrocamiento de la Dinastía Pahlaví, bajo el sha Mohammad Reza Pahleví, quien tenía el apoyo de Reino Unido y Estados Unidos, y que significó la instauración de la República Islámica actualmente vigente. La República Islámica se percibió como una amenaza real para los intereses de Occidente, Irak y de los países árabes del Golfo

Además, la URSS invadió Afganistán, una guerra que duró 10 años. La invasión soviética se enfrentó a una resistencia articulada en torno a líderes tribales, religiosos y radicales, la de los muyahidines, que aun estando divididos en varias facciones se embarcaron en una larga campaña, respaldados por Estados Unidos, Reino Unido, Israel, contra las fuerzas soviéticas y pro-soviéticas. En este contexto, miles de jóvenes del mundo musulmán deciden unirse a los muyahidines, entre ellos Osama Bin Laden. Cuando los soviéticos se retiran en 1989 –otro factor desencadenante de la desintegración de la URSS– muchos de estos combatientes, vuelven a sus países para derrotar gobiernos apostatas y/o se marchan a terceros países a luchar. En este sentido, Occidente vio al islam como una herramienta contra el enemigo comunista, herramienta para el enfrentamiento bipolar.

Este mismo año, Sadam Hussein llega al poder Irak. Miembro destacado del partido Baaz lleva a Irak a convertirse en un socio preferente de Occidente, en particular de Estados Unidos ante su alejamiento de Irán. Por esta razón, no es de extrañar que los Estados Unidos y los Estados del Golfo decidieran ponerse de su lado en la guerra contra la República Islámica de Irán, proporcionándole armas, dinero y apoyo diplomático.

En este contexto, la guerra entre Irán e Irak (1980-1989) debe interpretarse en términos de una lucha de poder regional entre los dos Estados, y no un conflicto de carácter religioso entre chiíes y suníes. La guerra tuvo tres efectos que obviamente dibujaron la desintegración de Oriente Medio: la creación del Consejo de Cooperación del Golfo (1981); la reincorporación de Egipto a la Liga de Estados Árabes (1989); y, por último, la adhesión de Siria a Irán en su guerra contra

Irak. Arabia Saudí consideró la guerra entre Irak e Irán como una oportunidad estratégica, ya que supuso la destrucción mutua de sus contendientes regionales y la oportunidad de construir un orden conservador, prooccidental y basado en el petróleo con el apoyo de los Estados árabes moderados y de los movimientos islamistas ultraconservadores que surgieron a la muerte del panarabismo secular.

Ahora bien, si en el año 1989 varios acontecimientos, tales como el final de la guerra civil en el Líbano, el regreso de Egipto a la Liga Árabe y la creación de las organizaciones internacionales de la Unión del Magreb Árabe (Argelia, Libia, Marruecos, Mauritania y Túnez) y del Consejo de Cooperación Árabe (Egipto, Irak, Jordania y Yemen del Norte) fueron un impulso positivo para la región, el año 1990 viene marcado con la invasión de Irak a Kuwait, que es el prólogo de la Guerra del Golfo, que se internacionalizará a principios de 1991 con el lanzamiento de la Operación Tormenta del Desierto, autorizada por el Consejo de Seguridad de la ONU y liderada militarmente por los Estados Unidos. Si bien la operación permitió la liberación de Kuwait y el debilitamiento del régimen de Sadam Hussein, uno de los grandes rivales de Irán, Arabia Saudí e Israel, la ocupación abrió una brecha entre los Estados árabes.

En esta década de los 90, la balanza del poder regional se inclinó a favor de Irán, que consolida su relación con Siria y afianza la posición de Hezbolá en el Líbano.

En este contexto, se celebró en Madrid la primera Conferencia de Paz para Oriente Medio (1991), en un intento de encontrar una solución al conflicto entre Israel y Palestina, lo que llevó unos años más tarde a los Acuerdos de Oslo (1993 y 1995) que debían allanar el camino para la creación de un Estado palestino. Estos acontecimientos llevaron a la Unión Europea (UE) a ampliar su asociación mediterránea, lo que se materializó con la creación de la Asociación Euro mediterránea en la Conferencia de Barcelona (1995).

El comienzo del S. XXI se presenta de forma muy convulsa en la región en forma de competencia entre los Estados, algunos de ellos debilitados, como era el caso Irak, sometido a un férreo embargo como consecuencia de la invasión de Kuwait o el de Egipto que perdía poder real para influir en la región.

En este contexto de desorden y fragmentación tuvieron lugar los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos, lo que marca el comienzo de un periodo de gran complejidad, conflictividad e importantes cambios en la política interna y exterior en la región.

2.3. La complejidad y conflictividad de la región desde 2001 hasta 2011

Los atentados terroristas de Al Qaeda contra las torres gemelas y el Pentágono, en el año 2001³, desencadenaron la llamada guerra global contra el terrorismo, liderada por los Estados Unidos. Esta estrategia, justificada en la seguridad nacional, cambió la dinámica de las relaciones internacionales y los conflictos violentos. El carácter permanente e integral de la guerra contra el terror –al definir al enemigo en la “guerra” como el difuso e invencible “terrorismo”, o más intangible aún, como “terror”– ha hecho que sea un ejercicio sin límites e incontrolable.

En este contexto de guerra contra el terror se invadió Afganistán (2001) e Irak (2003). La guerra preventiva contra Irak, liderada por los Estados Unidos con el apoyo Reino Unido y España, librada sin la autorización del Consejo de Seguridad y con el propósito de establecer un nuevo Oriente Medio destruyendo la dictadura de Saddam Husein, ha tenido consecuencias muy graves y han condicionado las relaciones internacionales hasta hoy.

La ocupación, los crímenes que se cometieron en su desarrollo, los ataques contra la población civil en su sentido más amplio, la destrucción de bienes culturales y la llegada de decenas de miles de mercenarios de ejércitos privados y de contratistas fueron el caldo de cultivo en el que surgió la resistencia armada iraquí contra las tropas extranjeras.

La composición de un gobierno chií en Irak, finalizado el régimen de Sadam Hussein, supuso la desestructuración social y política del país con el enfrentamiento, por un lado, entre kurdos, suníes y chiíes, y, por otro lado, el surgimiento de movimientos yihadistas en el seno de los suníes iraquíes, que habían perdido su poder, y que se enfrentan a los invasores estadounidenses, así como la población chií y el nuevo régimen iraquí. En este escenario, surge el proyecto del auto-denominado Estado Islámico. La influencia de Irán sobre el gobierno iraquí y su proyección lo proponen como el nuevo hegemon regional.

Como resultado de todo lo anterior, el equilibrio de poder en Oriente Medio quedó profundamente trastocado. Arabia Saudí, amenazada por el liderazgo e influencia de Irán, con consecuencias impredecibles sobre Líbano, Siria, Irak o

3. A partir de la intervención rusa en Afganistán Al-Qaeda puso en marcha su estrategia de lucha antioccidental, lo que llevaría entre otros actos terroristas, a perpetrar el triste atentado al World Trade Center, el 11 de septiembre de 2001. Este hecho marcó un punto de inflexión en el terrorismo yihadista, que adquiriría una dimensión internacional y se convertiría en una amenaza global.

incluso Gaza, desarrolla una estrategia para revertir la nueva influencia adquirida por el país persa. Líbano sufre el asesinato de su primer ministro Rafiq Hariri, y se enfrenta a la inestabilidad y a la división sectaria; Hezbolá comienza una guerra con Israel en 2006; la resolución del conflicto derivado de la ocupación por parte de Israel de los territorios palestinos se enquistaba como consecuencia de las negociaciones de Camp David (2000), el asesinato de Rabin y la muerte de Yaser Arafat.

Las elecciones en Palestina, en el año 2006, llevaron a la victoria del Movimiento de la Resistencia Islámica Hamás, que obtuvo la mayoría de los escaños del Parlamento. El triunfo de Hamás trajo consigo una crisis política que desencadenó la ruptura del gobierno de unidad entre Al Fatah, con el control de Cisjordania, y Hamás, que formó un gobierno de facto en Gaza, así como el posterior bloqueo israelí sobre la Franja de Gaza y las sucesivas guerras en Gaza de 2008, de 2014 y la de 2023 que estamos viviendo en el momento actual.

Irán se ha posicionado a favor del movimiento palestino, condenado al ostracismo, en una muestra de solidaridad con Hamás, al igual que Qatar, lo que llevó a que Arabia Saudí, Bahréin y Egipto a que cortaran sus relaciones diplomáticas con aquel pequeño y rico Estado del Golfo Pérsico por apoyar el “terrorismo”. Una prueba más del colapso del sistema regional árabe.

2.4. De las primaveras árabes al 2023

El estallido de las revueltas o de las primaveras árabes sucede como consecuencia de la desigualdad y de la injusticia social y del autoritarismo de los gobiernos de la región. Si bien, el mundo árabe ha experimentado cambios y avances sociales en cuestiones tan significativas como la alfabetización, la educación de los jóvenes o las tendencias demográficas, éstas no han sido suficientes para alcanzar la deseada paz social. Además, los procesos de salida del autoritarismo y de transición hacia la democracia han tenido que sortear innumerables obstáculos que han impedido una verdadera transformación en términos de gobernabilidad y democracia.

Estos procesos se libraron en diferentes países de la región con igual fracaso. Túnez presenció la primera de estas revueltas, después de la inmolación de Mohammed Bouazizi en 2010, lo que llevó al país a implementar un proceso de transición pacífico y evitando las influencias externas que, lamentablemente, fue truncado con el autogolpe de Estado que dio el presidente Saied en el año 2021.

En Egipto, el Gobierno del primer presidente elegido democráticamente en 2012 y perteneciente a los Hermanos Musulmanes, duró apenas 1 año cuando las fuerzas armadas expulsaron a los Hermanos Musulmanes del poder, calificando a todo el movimiento como organización terrorista.

Siria, se ha convertido en el paradigma del fracaso de las primaveras árabes. El polvorín de un conjunto de guerras superpuestas han destrozado al país durante más de 10 años. Este conflicto de carácter internacionalizado ha enfrentado al régimen de Bashar al-Asad y sus aliados rusos, iraníes y libaneses de Hezbolá, con movimientos rebeldes, conflicto al que se han sumado diversas organizaciones terroristas que han alimentado la brutalidad del conflicto.

Libia se ha transformado en un Estado fallido. Yemen, sufre las consecuencias de la lucha por el poder entre facciones yemeníes y del conflicto que lo enfrenta a la coalición liderada por Arabia Saudí contra los rebeldes hutíes. Yemen vive la mayor crisis humanitaria desde el final de la II Guerra Mundial, de acuerdo con la información de las Naciones Unidas (ONU), si dejamos a un lado la actual guerra que libra Israel contra Gaza. De hecho, con los últimos trágicos acontecimientos, las perspectivas de paz entre palestinos e israelíes se encuentra más lejos que nunca y amenazan con el contagio a la región y estallido de un conflicto de mayores implicaciones.

Las políticas sectarias y la corrupción están provocando fallos sistémicos en Irak y Líbano, país este último que ha entrado en un colapso económico, político y social de dimensiones desmesuradas. Egipto se ha convertido en un régimen autoritario, más feroz que ninguno de sus predecesores. Jordania se enfrenta a un contexto socioeconómico de elevada fragilidad, mientras hace frente a sucesivas oleadas de refugiados con escasos recursos financieros y naturales. Las Monarquías del Golfo, que tampoco han sido inmunes a estas dinámicas, pero que con sus ingentes recursos provenientes del petróleo pueden garantizar cierta paz social.

El Consejo de Cooperación del Golfo ha estado al borde de la ruptura por las fracturas internas provocadas por el bloqueo a Qatar por parte de otros Estados del Golfo encabezados por Emiratos Árabes Unidos y Arabia Saudí (2017-2021).

A modo de conclusión, podría decirse que después de los acontecimientos decisivos que comenzaron en 2011, conocidos como despertar árabe o primavera árabe, un número creciente de Estados son inestables o simplemente están en ruinas y el antiguo orden político árabe se está derrumbando mientras el nuevo paisaje geopolítico se ve empañado por un cambio caótico de alianzas, guerras por

delegación y violencia sectaria. Actores estatales y no estatales están ocupando parte del vacío dejado por el debilitado sistema de poder de los Estados.

En un panorama geopolítico regional tan sombrío, no es de extrañar que países no árabes como Israel, Irán y Turquía estén ganando terreno, peso e influencia, dando un vuelco a todo el equilibrio de poder en la región. Este nuevo escenario está generando alianzas inéditas, con alineamientos geopolíticos impensables durante décadas, como los llamados Acuerdos de Abraham firmados en 2020 entre Israel y cuatro países árabes (Emiratos Árabes Unidos, Bahrein, Sudán y Marruecos).

Por su parte, otros actores internacionales como China y Rusia han entrado en Oriente Medio con fuerza por la vía económica (en el caso chino) y militar (en el ruso), ofreciéndose a los diversos Estados de la región como aliados alternativos fiables e incluso como protectores, ante la percepción de una retirada de Estados Unidos y una irrelevancia geopolítica de la UE.

3. Los principales conflictos en la región: Israel-Palestina y el Sahara Occidental

3.1. El conflicto israelí-árabe-palestina

El conflicto más longevo en la región es, sin lugar a duda, el árabe-israelí y su inicio se remonta, al menos oficialmente, al año 1948, poco después de que la Asamblea General de las Naciones Unidas adoptara la Resolución 181 (II), el 29 de noviembre de 1947, en la que estableciera la partición de Palestina en un Estado judío, un Estado árabe y una zona bajo régimen internacional particular.

Palestina formó parte del Imperio Otomano desde 1516, una vez capturada a los mamelucos, y su dominio prevaleció, de manera casi ininterrumpida, durante 4 siglos, hasta la finalización de la I Guerra Mundial. En el marco del desarrollo de la Gran Guerra, si bien Francia y Gran Bretaña necesitaban el apoyo de los árabes para vencer a los otomanos, y utilizaron en su provecho la promesa de una futura independencia a la que aspiraba el mundo árabe en la región de Oriente Próximo y Medio, el acuerdo Sykes-Picot (1916), un pacto secreto entre las dos potencias europeas, con el consentimiento de la Rusia aún presoviética, estableció cuál sería el reparto de las posesiones del Imperio Otomano en Oriente Próximo tras la I Guerra Mundial, lo que incluía la división de Palestina en áreas

administradas por británicos y franceses. Como consecuencia, la Gran Siria se descompondría y Francia se quedaría con Siria y Líbano y Gran Bretaña con Transjordania, Irak y Palestina.

Esta situación fue especialmente perjudicial para Palestina ya que con ella se daría comienzo a la colonización inglesa, al mismo tiempo que estos últimos se comprometían formalmente, a través de la Declaración Balfour¹ (1917), a construir “un hogar nacional judío en Palestina”, lo que fomentó la colonización sionista de la Palestina histórica, que ya había comenzado a finales del s. XIX.

El “Mandato Británico” sobre Palestina fue aprobado formalmente por la Sociedad de Naciones en 1922 y se mantuvo hasta el año 1948, una vez finalizada la II Guerra Mundial.

En los años posteriores a la II Guerra Mundial, el control británico sobre Palestina se hizo cada vez más débil, debido a una serie de factores políticos, militares, económicos y de opinión pública. De esta manera, a principios de 1947, el Gobierno británico anunció su deseo de poner fin al mandato y pidió a la Asamblea General de las Naciones Unidas que formulara recomendaciones sobre el futuro del país.

La Asamblea General de las Naciones Unidas, el 29 de noviembre de 1947, con 33 votos a favor, 13 en contra y 10 abstenciones, adoptó la Resolución 181 (II), en la que recomendaba dividir Palestina en dos Estados: un Estado árabe independiente junto a un Estado judío, el Régimen Internacional Especial para la Ciudad de Jerusalén y la expiración del Mandato Británico.

Si bien los líderes judíos aceptaron el plan propuesto por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) y proclamaron el Estado de Israel, el 14 de mayo de 1948, reconocido rápidamente por Estados Unidos, la Unión Soviética y otros países, los líderes árabes palestinos lo rechazaron y todos los estados musulmanes y árabes independientes votaron en contra de este.

De manea casi inmediata tuvo lugar el comienzo de la primera guerra árabe-israelí (1948), que se desarrolló entre una alianza de los 5 países árabes vecinos a Israel (Líbano, Siria, Egipto, Transjordania e Irak) y el nuevo Estado. El resultado de este conflicto, que se prolongó durante 1 año, fue un estrepitoso fracaso de las fuerzas árabes, ya que Israel terminó ocupando Jerusalén occidental, el sur de la franja de Gaza y Galilea occidental, con lo que había conseguido expandir sus fronteras más allá de la resolución adoptada por la ONU. Esta primera guerra, concluyó, el 20 de julio, mediando la firma de diferentes acuerdos con Egipto,

Líbano, Transjordania y Siria. La expulsión y huida de 700.000 palestinos, que tuvieron que refugiarse en las zonas no ocupadas, y que llevó a la despoblación y la destrucción de más de 500 pueblos palestinos por las fuerzas armadas israelíes, y su posterior borrado geográfico, es llamado la “Nakba”, que significa el “desastre” o la “catástrofe” en árabe. Este momento puede considerarse el inicio de la ocupación palestina por parte de Israel.

La segunda guerra árabe-israelí comenzó con la invasión de Egipto, en el año 1956, por la coalición de Estados formada por Israel, Francia y Reino Unido, coincidiendo con la crisis del Canal de Suez. En este contexto, Israel lanzó la invasión del Sinaí y de la Franja de Gaza, que estaba ocupada y administrada por Egipto desde la firma del armisticio al final de la guerra de 1948, aunque posteriormente la ONU acordó la retirada de las fuerzas israelíes de la península del Sinaí y de la Franja de Gaza. En el año 1964, se crea la Organización para la Liberación de la Palestina (OLP) y se adopta la Carta Nacional Palestina, que reivindica un Estado independiente dentro de las fronteras del antiguo mandato británico.

La Guerra de los Seis Días, en 1967, fue la que provocó una nueva fase de ocupación israelí de la Franja de Gaza, Cisjordania, Jerusalén Este, la península del Sinaí (Egipto) y los Altos del Golán (Siria). Salvo el caso de la península del Sinaí, que solo fue devuelta a Egipto en 1979 como consecuencia de los acuerdos de paz de Camp David, el resto de los territorios siguen hoy ocupados militarmente por Israel. La guerra ocasionó una segunda oleada de refugiados, entre 300.000 y 400.000, la mayoría en el exilio en el Líbano, Jordania, Siria y los Estados del Golfo Pérsico. Como consecuencia de esta guerra, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó la resolución de 242, aprobada por unanimidad, el 22 de noviembre de 1967, que marca la doctrina paz por territorios y se refiere a la “inadmisibilidad de la adquisición de territorio por medio de la guerra” y a “la necesidad de trabajar por una paz justa y duradera, en la que todos los Estados de la zona puedan vivir con seguridad”. A partir de esta fecha, entre 1967 y 1968, el Consejo de Seguridad (CS) se ha pronunciado en varias ocasiones sobre la ocupación por parte de Israel señalando que es inaceptable y que las medidas tomadas dentro de esta ocupación son inválidas desde la perspectiva del Derecho internacional.

La Guerra de Yom Kipur, fue un nuevo conflicto armado entre Israel y Egipto y Siria, que se desarrolló durante el mes de octubre de 1973, con el propósito de

recuperar los territorios que Israel ocupaba desde la Guerra de 1967. Tras la guerra de Medio Oriente de octubre, el CS aprobó la resolución 338 en la que se pidió el alto el fuego y negociaciones de paz. De hecho esta resolución, de la mano de los cambios provocados por esta guerra, en particular la reivindicación árabe de los primeros éxitos en el conflicto y la sensación de vulnerabilidad que causó sobre Israel, allanaron el camino para la celebración de los Acuerdos de Paz de Camp David entre Egipto e Israel que trajeron la recuperación de algunos territorios perdidos durante la guerra, como asentamientos del Sinaí y la Franja de Gaza, y la normalización de las relaciones entre los dos países; esto significó el primer reconocimiento pacífico de Israel por parte de un país árabe y que Egipto quedara en una situación de aislamiento dentro la comunidad árabe.

En el año 1974, un hito significativo para Palestina fue la afirmación por parte de la Asamblea General de las Naciones Unidas de los derechos inalienables del pueblo palestino a la autodeterminación, la independencia y la soberanía, así como al retorno de los refugiados al adoptar la resolución 3236 (XXIX), de tal suerte que un año después, en 1975, se creó el Comité para el Ejercicio de los Derechos Inalienables del Pueblo Palestino y confirió a la OLP el estatus de observador en la Asamblea y en las conferencias de la ONU.

La situación de inestabilidad en la región se puso de manifiesto en la Guerra del Líbano (1982) y en el desencadenamiento de la Primera Intifada (1987-1993), movimiento popular en Palestina en contra de las fuerzas israelíes con el objetivo de poner fin a las asfixiantes condiciones sociales en las que vivían los palestinos, que dejó un saldo de casi 2000 palestinos muertos, y que llegó a su fin con los Acuerdos de Oslo. En el ínterin de este periodo, en 1988, el Consejo Nacional Palestino, reunido en Argel, proclamó la creación del Estado de Palestina.

Los Acuerdos de Oslo (1993), firmados entre Isaac Rabin y Yasser Arafat, fueron considerados un hito histórico en el sentido que implicaban, por un lado, el reconocimiento mutuo del Estado de Israel y de la OLP y, por otro lado, el acuerdo de devolver a los palestinos la mayor parte del territorio ocupado en la Guerra de los Seis Días (1967), lo que allanaba el camino para el establecimiento del Estado de Palestina. Sin embargo, el enorme fracaso de los Acuerdos de Oslo, el posterior asesinato de Rabin y la muerte de Arafat, llevaron a una intensificación de la conflictividad entre Palestina e Israel, ya que este último continuó ampliando sus asentamientos y con ello extendiendo el territorio ocupado,

gestionado bajo una política de apartheid contra el pueblo palestino, lo que provocó el estallido de la Segunda Intifada (2002-2005).

De este periodo que abarca los primeros años del S. XXI, cabe destacar el inicio de la construcción del muro por parte de Israel, situado en su mayor parte dentro del Territorio Ocupado de Palestina, declarado ilegal por la Corte Internacional de Justicia en su opinión consultiva sobre esta cuestión, de 9 de julio de 2004; y, además, el desenganche de Gaza por parte de Israel al retirar tropas y colonos, en el año 2005, como parte de un plan para mejorar su seguridad y su estatus internacional en ausencia de negociaciones con los palestinos, si bien Israel mantuvo el control terrestre, aéreo y marítimo.

El año 2006 estuvo marcado por la Guerra del Líbano con Israel y la victoria de Hamás en las elecciones generales de Palestina, lo que supuso el desencadenamiento de una crisis política y la ruptura de la unidad nacional. En el marco de esta crisis, Fatah tomó el control de Cisjordania y Hamás de Gaza, lo que provocó el bloqueo de Israel sobre la Franja y las tres guerras que han tenido lugar hasta la fecha: la escalada del año 2008, que se inició con la Operación Plomo Fundido y que fue un asalto masivo de 22 días a la Franja; la del 2014, marcada por la Operación Margen Protector, que se prolongó casi 50 días; y, finalmente, la escalada de 2023, que comenzó el 7 de octubre del 2023 y que tiene su origen en la incursión terrestre a gran escala en Israel por parte de Hamás, capturando a cientos de rehenes y matando a miles de civiles israelíes, y la respuesta a este ataque por parte de las autoridades israelíes que declaran la guerra total a Hamás.

3.2. El conflicto en el Sahara Occidental

El Sahara Occidental pasó a ser una colonia española, en el año 1894, después de celebrarse la Conferencia de Berlín en la que las potencias europeas se repartieron África; y unos años más tarde, en 1890, en el marco del Tratado de París, celebrado entre Francia y España, es que este espacio queda limitado al establecerse fronteras en los territorios administrados por ambas naciones.

Si bien en el año 1957, con la finalización del protectorado francés, comienza un enfrentamiento con Marruecos que reclama la devolución del parte del territorio perdido en el Acuerdo de París (incluidas las Islas Canarias), un año más tarde, el Sahara Occidental pasa a ser la provincia 53 del Estado español. En abril de ese año llegan los acuerdos de Angra de Cintra, que fijan los límites del

Sáhara español y establecen la cesión a Marruecos de los territorios septentrionales de la zona del Río de Oro, Tarfaya.

En este contexto, en el seno de las Naciones Unidas se adopta la Resolución 1514 (XV), aprobada en 1960, relativa a la declaración sobre la concesión de la independencia a los pueblos coloniales, en la que se reconoce el derecho a libre determinación de los pueblos; en 1963, el Sáhara Occidental es inscrito, a petición de Marruecos, en la lista de territorios no autónomos de la ONU, mientras todavía era una colonia española y Mauritania se une a Marruecos en su reivindicación sobre el territorio. La tensión y las presiones sobre España en el seno de la ONU se incrementaron en las asambleas celebradas en años posteriores.

En 1965, la Resolución 2072 (XX), pide encarecidamente al Gobierno de España, como Potencia administradora, que adopte inmediatamente todas las medidas necesarias para la liberación de los Territorios de Ifni y del Sáhara español de la dominación colonial y que, con ese fin, emprenda negociaciones sobre los problemas relativos a la soberanía presentados por estos dos territorios.

Un momento señalado fue cuando el Comité de Descolonización de la ONU estudia la autodeterminación del Sáhara y en el año 1967 España accede a organizar un referéndum para determinar la autonomía del Sáhara, en consulta con los gobiernos de Marruecos y Mauritania. Y es justo en este año cuando nace el Movimiento Nacional de Liberación Saharaui, liderado por Mohammed Sidi Brahim, del que surge posteriormente el Frente Polisario.

En 1974, España anuncia sus planes para conceder mayor autonomía a los saharauis y para celebrar un referéndum durante la primavera de 1975. Sin embargo, Marruecos se opuso al proyecto español, en tanto que la ONU forzó a España a suspender el referéndum y a acudir al Corte Internacional de Justicia, con sede en la Haya, que emitió su Opinión Consultiva sobre la cuestión, en 1975, en la que, condena las pretensiones de Mauritania y Marruecos sobre el Sáhara Occidental, pero tampoco reconoce abiertamente el derecho a la autodeterminación de la zona.

Ahora bien, el momento clave en el conflicto del Sahara Occidente tuvo lugar el 6 de noviembre de 1975, y fue la invasión marroquí del Sahara español, también llamada la «marcha verde», que consistió en la invasión y ocupación militar de la entonces provincia española del Sahara, iniciada el 6 de noviembre de 1975. Marruecos obtuvo el control de la mayor parte del antiguo Sáhara español, que sigue manteniendo hoy. La retirada de España en 1976 del Sahara mediante

la firma del Acuerdo Tripartito entre España, Marruecos y Mauritania para instituir una administración temporal sobre el territorio, acuerdo por otro lado del que se ha cuestionado su validez legal, y la negativa del pueblo saharauí de someterse a la monarquía marroquí dio lugar al conflicto del Sahara Occidental, una guerra entre el Frente Polisario (movimiento de liberación nacional de la República Árabe Saharaui Democrática,) y las fuerzas armadas de Marruecos y Mauritania, entre 1975 a 1991.

El Frente Polisario y Marruecos aceptan la propuesta de alto el fuego, elaborada por las Naciones Unidas, que entró en vigor el 6 de septiembre de 1991. De manera separada se negoció el llamado Plan de Arreglo, acuerdo entre el Frente Polisario y Marruecos sobre la organización de un referéndum, que constituiría una expresión de autodeterminación para el pueblo del Sáhara Occidental, que conduciría a la plena independencia o a la integración en el Reino de Marruecos.

Atendiendo estas circunstancias, el Consejo de Seguridad de la ONU, a través de su resolución 690, de 29 de abril de 1991 expresó su apoyo total a los esfuerzos del Secretario General en relación con la organización y supervisión por las Naciones Unidas, en cooperación con la Organización de la Unidad Africana, de un referéndum de libre determinación del pueblo del Sáhara Occidental. Sin embargo, las discrepancias en relación con el censo y, muy especialmente, la negativa de Marruecos a aceptarlo y continuar con su propuesta preferente de solución para el conflicto, que presentó en la ONU en el año 2007, y que pasa por dotar al Sáhara Occidental de una cierta autonomía, bajo su soberanía, lo que no es aceptable para el Frente Polisario en absoluto (ni para Argelia), han llevado a que el conflicto del Sahara Occidental sigue sin resolverse.

En el año 2020, han sucedido pequeños enfrentamientos militares entre ambas partes y ambas partes se han acusado de romper el alto el fuego alcanzado en 1991. Desde entonces, algunas posiciones de Estados influyentes sobre las partes en conflicto, como Estados Unidos y España, han cambiado su posición respecto de él. De hecho, el gobierno de España, presidido por Pedro Sánchez, ha considerado que la posición ‘más seria, creíble y realista’ sobre una solución definitiva del conflicto pasa por la autonomía para el Sahara en los términos propuestos por Marruecos, sin permitir que se haga ningún referéndum de libre determinación, lo que implica el reconocimiento de la soberanía del Reino de Marruecos sobre el territorio en disputa.

La UE ha defendido una solución aceptable por las dos partes del conflicto, que pasa por el cumplimiento de las resoluciones de Naciones Unidas, contemplan la posibilidad en el futuro de la realización de un referéndum de autodeterminación para resolver el actual conflicto del Sáhara Occidental. Sin embargo, el referéndum parece atrasarse sine die y no tenga solución de continuidad.

Referencias bibliográficas

- Álvarez Ossorio, Ignacio (2007): *¿Por qué ha fracasado la paz? Claves para entender el conflicto palestino-israelí*, Ed. La Catarata.
- Hourani, Albert (2004): *La historia de los árabes*, Ediciones B.
- Maalouf, Amin (2019): *El naufragio de las civilizaciones*, Alianza Editorial.
- Khader, Bichara (2010): *El mundo árabe explicado a Europa*, Icaria Ed.